

## RAYA y CRUZ

Sí, ya lo sé que no guardaste cerdos.  
Lo averiguaron los historiadores  
y tuve que borrar de mis recuerdos  
una fábula bella; estos señores  
archisabios no se equivocan nunca,  
y es el mejor el que más pronto trunca  
los mitos vivos de los trovadores.

No, no guardaste puercos, y lo siento  
en mis íntimas fibras de extremeño  
si así no fué, por no venir a cuento  
principio tal para tan grande empeño.

Que es la norma primera de mi gente  
dársele un pito de lo congruente  
mientras haya aventura, riesgo, sueño.

Por mi gusto diré siempre el porquero  
de Trujillo, la sólida, la fuerte.  
Para ganar blasón, de caballero  
y jugar a los dados con la suerte  
quédante dos envites a la gloria:  
la raya que partió siglos de historia  
y la cruz de tu sangre y de tu muerte.

## Sin ninguna importancia

**S**IEMPRE he creído que el aprendizaje de la bicicleta es sumamente fácil. Al menos para mí lo fué y puedo declarar con noble orgullo que tanto mis nervios como mis buenas disposiciones para este deporte, quedaron contrastados en mis dos primeras sesiones.

Recuerdo perfectamente que era una noche de primavera. Lo que ya no puedo precisar son los motivos que me llevaron a reunirme con mis camaradas que en las afueras del pueblo y en el comienzo de una larga pendiente de la carretera, estaban ensayándose con una pobre bicicleta. Después de uno, el otro. Y sobre la luz lechosa de la luna contemplábamos cómo el camarada de turno se iba deslizándose carretera abajo un poco ebrio; esta era la sensación. Cuando llegó mi vez no quise declarar por nada del mundo que iba a ser mi bautismo ciclista. Yo me había fijado que para empezar había que dar unos buenos pasos con el pie del mismo lado y llevar el contrario subido en el pedal. Así lo hice, pero yo no sé qué diablos me acometieron que dí en tierra con aquel armatoste y de paso se me rajó el pantalón. Me disculpé como pude y otra vez a la carga. Por fin, comencé a deslizarme y a tomar vuelo. Me di cuenta entonces que aquellos redomados perillanes habían elegido aquel sitio porque la carretera se apoyaba en un alto terraplén en cuyos fondos, a un lado y al otro, se veían rebrillar las aguas un poco cenagosas que estaban esperando refrescarnos.

Haciendo de tripas corazón traté de llevar la dirección sin violencia y mirando descaradamente a la lejanía, tal vez con el mismo aire que los malos poetas. Estoy bien seguro que algún santo de influencia debió rogar aquella noche por mí.

Solamente me alarmó muchísimo cuando pude observar que la bicicleta daba como algunas pequeñas coces. Más tarde pude saber que aquello se debía a que yo presionaba el freno sin darme cuenta. Un poco coaccionado por estas muestras de impaciencia, traté de acabar con aquella carrera, pero la bicicleta seguía deslizándose sin yo mover para nada los pedales. ¿Qué hacer? Frente a mí, sobre el borde derecho de la carretera se me ofrecía una rama de un árbol como un gran asidero.

Recordé que yo no era de los más torpes del gimnasio y me cogí con las dos manos a ella. Yo quedé meciéndome sobre el vacío con

el mismo triunfo de un estupendo barrista mientras que la bicicleta iba a parar, dando tumbos, a la ciénaga de un charco.

La segunda sesión fué mucho más rica en incidentes pintorescos y, desde luego, mucho más fructífera, sacando provechosas enseñanzas para el futuro. Esta vez, apenas puestos los pies sobre los pedales, pude descubrir su aviesa intención de aproximarse a los árboles, a las paredes de los huertos, incluso a los peatones. De salida, emprendió una veloz carrera a favor de una pequeña cuesta abajo, —nunca cuesta arriba—, y me llevó, quieras que no, a las proximidades de un guardacantón, en donde se refregó el pedal derecho con tal saña que salió desarbolado y de paso me arrancó toda la vira del zapato. Dudo que ningún ciclista, por bueno que fuese, aguantara estoicamente el equilibrio con esta brutal sacudida, y por eso yo di con mis costillas en tierra.

Era bonito eso de ir con los pies unos centímetros por encima del suelo, con una marcha muy decente y sin gastar nada. Hasta para no tener preocupaciones, ni siquiera era mía la máquina, así que mientras quedara un tornillo en el cuadro podía seguir adelante.

Volví a montar de nuevo, y ahora pude comprobar mi extraordinaria pericia, porque sin exageraros absolutamente nada puedo declarar que anduve cerca de un kilómetro sin ningún incidente. Me chocaba, no obstante, que los escasos peatones que alcanzaba en mi contraria dirección, cambiasen su línea de marcha para guarecerse detrás de cualquiera árbol. No cabe duda, pensaba yo, que esta endiablada carretera tiene alguna misteriosa atracción sobre sus árboles, guardacantones y demás obstáculos dispuestos para estrellar al primer pasajero. En estas reflexiones estaba cuando, yéndome en la dirección, me despisté de la carretera y fui a caer de bruces contra la pared de un cercado. Me pareció que había estallado una de mis clavículas y salí con la cara y las manos arañadas y por añadidura con una pierna renqueando.

En cuanto a la máquina, había perdido el freno, se había desinflado la rueda trasera y el manillar se había torcido de tal suerte que para caminar por el centro tenía necesidad de apuntar a la cuneta izquierda, lo cual me originaba tal lío que cuando yo quería virar en este sentido tenía que apearme y resolver con un lápiz los conflictos que me planteaba la dirección. Resolví, pues, volver inmediatamente a casa, antes de que perdiera totalmente la razón y entrase triunfalmente en cualquiera pueblo menos en el mío.

Una última reflexión me conducía al convencimiento que yo no debía de carecer de especiales condiciones para convertirme en un excelente ciclista. Me acordaba del sanguinario aforismo: «la letra con sangre entra», y esto justificaba todas las incidencias de la tarde. Hasta me consideraba capaz de dar la vuelta al país vasco.

Pero también comprendí que si el fabricante me llega a ver en la situación en la que yo entré en el pueblo, me dice alguna cosa fea. Y en su nombre me la dijo luego el dueño de la bicicleta.

MARIANO E. CARDENAL

## ELEGIA A

# ANTONIO MACHADO

Soria, la pura y becqueriana,  
y la Sevilla de las sales béticas,  
en tu alma, enteriza y celtibérica,  
mezclaron sus perfumes.

Hoy te lloran, Antonio,  
los gráciles álamos del Duero,  
la humilde flor de aciano,  
el hombre torvo del alto llano numantino,  
los pardos encinares velazqueños,  
el taurino, el logrero y el pelaire  
de la España trabucaire y pícara,  
y el hombre ibero  
tallado en dura roca berroqueña  
que desafía al Dios de las tormentas  
cuando el granizo arrasa sus cosechas.

Erguido como un hito penibético  
resaltas en la hispana geografía  
no mudo y yerto,  
no inerte y sin progeñe  
lírlica. Tu pulso, Antonio,  
fluye vivaz y permanente  
en esta España, ascensional y entera,